

## CELAM, PLAN GLOBAL 2007-2011

### LLAMADOS AL SEGUIMIENTO DE JESUCRISTO COMO DISCÍPULOS MISIONEROS

#### 1. DOS OPCIONES CLAVE DE APARECIDA.

En la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, los Obispos responden a los desafíos que la realidad le plantea a la misión de la Iglesia con una renovación de fondo que relea todo el ser y quehacer de la Iglesia desde la fuerza del Evangelio, el cual nos llama a encontrar a Jesús en los caminos de nuestra vida y proyectar los nuestros en su camino que revela la verdad y nos ofrece la vida plena.

El encuentro con Jesús abre la ruta para un proceso vital, personal y comunitario, de conversión y vida nueva, que conocemos como “discipulado”. En los evangelios puede verse cómo el llamado, la formación y la asociación de los discípulos es fruto de la misión de Jesús. Jesús es la Buena Nueva en persona<sup>[1]</sup> y por eso la adhesión al evangelio es la adhesión a Él. El seguimiento de Jesús se vive en términos de una identificación total con Él y en el compartir, por envío suyo, la misión que el Padre le encomendó. El “seguimiento”, entonces, se convierte en “pro-seguimiento” de la misión de Jesús de anunciar el Reino y ofrecer vida a todos los hombres.

Por lo anterior, el “discipulado” y la “misión”, puede decirse, son como las dos caras de la misma moneda. En el centro y como eje generador está la “vida”: el discipulado es la “vida nueva” en la persona de Jesús, nos dice san Pablo (Ga 2,20-21), y la misión es el ofrecimiento de esta vida a todos. Las opciones pastorales de la Conferencia de Aparecida se comprenden a partir de este núcleo que recoge lo más genuino del Nuevo Testamento y son el desarrollo actualizante de esta propuesta en el hoy de comunidades insertas en una América.

Teniendo en la mirada a la persona de Jesús y su oferta de salvación, los obispos tomaron dos decisiones trascendentales que nos permiten vivir con todo su vigor el hoy el discipulado y la misión:

#### ***Una opción por la formación:***

*La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia (DA 276).*

Según esto, toda la Iglesia latinoamericana se declara en “estado discipular”, de escucha y aprendizaje del evangelio de Jesús (cf. También el *Mensaje Final*, No. 3: “Una Iglesia que se hace discípula”). Como se deduce del documento conclusivo, todos los miembros de la Iglesia, sin excepción, nos declaramos en estado de “escuela”.

### ***Una opción por la misión:***

*Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero (DA 362).*

La Iglesia, con todos sus miembros, niveles y estructuras sin excepción, se hace misionera: Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo” (DA 362). Así, la Iglesia vive el mandato de su Señor: “Id, pues y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19; cf. DA 548, también los números 30-32).

En línea con la circularidad “discipulado-misión”, que se afirmó anteriormente, esta misión requiere de la formación de los discípulos: “Para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos” (DA 549).

## **2. JESÚS EL MAESTRO: CAMINO, VERDAD Y VIDA**

Todas las rutas que parten de Aparecida tienen su centro propulsor en la persona y el acontecimiento de Jesús:

*Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado (DA 18).*

El Documento de Aparecida subraya notablemente el significado del encuentro con Jesucristo, ya anotado en documentos anteriores, y da un paso hacia delante señalando las fases siguientes al encuentro. En el encuentro se comienza a captar la significación de la persona y la propuesta de Jesús. Con la fe, iluminada por la Palabra, los obispos proclaman que Jesús es “la plenitud de la revelación de Dios, un tesoro incalculable..., el Verbo de Dios hecho carne, Camino, Verdad y Vida de los hombres y mujeres, a quienes abre un destino de plena justicia y felicidad”. Este Jesús *es el único Liberador y Salvador que, con su muerte y resurrección, rompió las cadenas opresivas del pecado y la muerte, que revela el amor misericordioso del Padre y la vocación, dignidad y destino de la persona humana (DA 6)*[\[2\]](#).

### **a. Contemplando y escuchando al Maestro**

El ministerio terreno de Jesús, comprendido desde la fe pascual de las comunidades de los orígenes y plasmado testimonial y catequéticamente en los cuatro evangelios, refleja en medio de las vicisitudes históricas en las cuales se realiza, la expresión del gran amor de Dios que se ha manifestado en el Hijo (cf. Jn 3,16; cf. DA 30.102). En él, y gracias a la acción del Espíritu Santo, el Padre nos hace hijos en su Hijo (cf. DA 1) y pone a nuestro alcance la plenitud de la Vida (cf. DA 101) insertándonos en su comunidad trinitaria y obrando liberadora y salvíficamente por nuestra dignidad.

Todas las páginas de los evangelios nos ponen de cara ante las actitudes y acciones reveladoras de Jesús. Todo el camino de Jesús conduce hasta la muerte. En la cruz Jesús sigue siendo Maestro, allí nos entrega su última y gran lección.

## **b. El anuncio del Reino y el ofrecimiento de la Vida**

De los evangelios sinópticos aprendemos que el anuncio fundamental de Jesús en su ministerio terreno fue que el Reino de Dios está al alcance de todo aquel que lo acoja con su apertura a la conversión y con su adhesión personal de fe: “El tiempo se ha cumplido; el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15).

En los evangelios, el Reino de Dios se percibe como la soberanía de Dios en ejercicio, la presencia poderosa de Dios actuante en la historia para llevar a cabo su plan de vida y salvación para todas sus criaturas. En las acciones de Jesús, esta presencia salvífica de Dios se hace real generando obras humanizantes. Quien lo experimenta puede vivir con libertad y confianza en las manos de Dios, acogiendo su realidad amorosa y benéfica y entregándose a su voluntad.

El Reino de Dios fue cantado en los Salmos (cf. 47; 93; 96-99), fue evocado en momentos de singular aflicción del pueblo de Israel para pedir una pronta intervención divina contra los imperios enemigos (cf. Dn 2,44), fue para los profetas del exilio la expresión del ansia de liberación del pueblo y de regreso a la tierra. Por todo ello se constituyó en buena noticia de paz y salvación (Is 52,7).

Pero en Jesús el anuncio del Reino está impregnado de una novedad absoluta. El Reino no se identifica con la fuerza histórica de un grupo, ni con su victoria militar ni con sus logros particulares. Jesús invita a descubrirlo, a aceptarlo y a acogerlo con alegría, ya que es un misterio que se va entregando en la medida en que se entra en él con asombro.

Por otra parte, y en contraste con la predicación amenazante de Juan Bautista, el anuncio del Reino por parte de Jesús es una excelente noticia, es como un tesoro cuyo descubrimiento llena de inmenso gozo. Éste se descubre en las acciones realizadas por Jesús con los enfermos y con los marginados, en sus actitudes y en su predicación, la cual nunca sistematizó teológicamente el Reino sino que lo presentó de manera sugestiva, en lenguaje simbólico y poético, como corresponde a una realidad profunda.

El Reino tiene una dinámica histórica: se hace realidad en el presente y se desarrolla completamente hacia el futuro. Es lo que describen las bellísimas parábolas de la semilla de trigo o de mostaza y también la de la levadura en la masa. Contrastan su comienzo modesto y casi decepcionante, con su final espléndido y cargado de frutos de vida.

En el Reino se va manifestando una serie de valores que contrastan claramente con otros promovidos por el contexto sociocultural y religioso en que se movió el Jesús terreno y con la teología imperial que sacralizaba el poder y la economía. Por eso la predicación del Reino le acarrea conflictos a Jesús, conflictos que lo llevarán al patíbulo de la cruz. Allí el Reino de Dios se manifiesta plenamente en su entrega absoluta al Padre y a los hombres y en la obra creadora que realiza el Padre en su Hijo por la resurrección. La novedad tendrá

que ser descubierta, la liberación que se esperaba (cf. Lc 24,21) no ocurrió por medio de las catástrofes cósmicas que predicaban los apocalípticos ni por la victoria militar que promovían los revoltosos, sino por la intervención contundente del Padre en la muerte de su Hijo.

El Reino manifestado plenamente en la muerte y resurrección de Jesús, se convierte luego en el tema de la predicación misionera de la comunidad:

*Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas (Lc 24,46-48).*

En el evangelio de Juan, solamente dos veces se menciona el “Reino” y, por el contrario, predomina el término “Vida” (36 veces). Los exegetas de hoy piensan que en el cuarto evangelio “Vida” es el equivalente de la predicación del Reino enfatizada en los sinópticos. Desde el comienzo del evangelio se anuncia que esta es la obra de Jesús: “En ella (la Palabra) estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron” (Jn 1,4-5). Quienes reciben a Jesús renacen a la vida, por obra del Espíritu (cf. Jn 1,12-13; 3,4-8) que es la fuente de agua viva que dimana de lo alto de la cruz (cf. Jn 7,37-39). La conclusión del evangelio reafirma el tema de la vida: “Estas cosas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20,31). Los signos reveladores de Jesús en el evangelio de Juan, cuya cumbre está en la exaltación del Señor, orientan en esta dirección.

### **c. El Camino, la Verdad y la Vida**

En el contexto de la última cena, cuando Jesús anuncia su partida, Simón Pedro toma la palabra para preguntar: “Señor, ¿a dónde vas?” (Jn 13,36a). Y Jesús le responde: “Adonde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde” (Jn 13,36b). Más adelante, Tomás retoma la pregunta: “Señor, no sabemos a donde vas, ¿cómo podremos saber el camino?” (Jn 14,5). Lo cual provoca una de las revelaciones más altas de Jesús en el evangelio: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 146).

Las palabras de Jesús en el evangelio de Juan sintetizan su identidad y su misión de forma extraordinaria: en su camino Jesús revela la verdad que lleva a la vida. Jesús es el único camino hacia el Padre: “Nadie va al Padre sino por mí”. La meta es el Padre. Jesús, en su camino, va hacia el encuentro con Él y ésta es la ruta que hay que seguir. Ahora bien, el camino de Jesús es claramente una entrega total y amorosa de sí mismo hasta la muerte y este mismo debe ser el camino de sus seguidores: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13,35).

El Dios invisible se hizo palpable en la persona de Jesús; en Él tomó rostro y carne, se hizo historia y compartió nuestra fragilidad, se hizo cercano y nos ofreció su amistad. Por el camino de la aceptación creyente de la verdad y por la participación en su vida, todo ser humano puede alcanzar el objetivo de su existencia.

Es revelación y al mismo tiempo salvación. Es como el camino que lleva a la cima de una montaña. Así como a lo largo del camino uno puede contemplar la belleza y la majestad de la montaña, igualmente siguiendo a Jesús, uno puede tener un conocimiento experiencial del Padre.

Jesús es el único mediador entre los hombres y el Padre, la revelación perfecta del Padre (14,9), la verdad o sea la perfecta revelación del Padre (“quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”, 14,9). Porque está en constante comunión con el Padre, sus palabras y obras son las del Padre que permanece en Él (14,10). Jesús es la transparencia del Padre.

La íntima relación y la comunión entre el Padre y el Hijo se hace realidad en las vidas de los discípulos cuando Jesús regrese a ellos (14,18-20) con el Padre y habite en ellos (14,23). Entonces Jesús revelará al Padre completamente (16,25) y ellos experimentarán el amor del Padre y su afecto por ellos (14,21; 16,27). La experiencia del Señor resucitado será una profunda comunión con Jesús (14,3) en y a través del Espíritu Santo (14,16-17.25-26; 15,26-27; 16,7-15; 20,22) y con el Padre (14,23). “Jesús es el camino que nos permite descubrir la verdad y lograr la plena realización de nuestra vida” (*Mensaje final*, 1).

*Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano... ¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo?... Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad (DI).*

### **3. LA CONFIGURACIÓN DEL DISCIPULADO MISIONERO DE JESÚS**

La relación de Jesús de con sus discípulos estuvo determinada por un encuentro inicial con Él, quien los invitó a “seguirlo”. Después del encuentro inicial con Jesús, la relación con Él queda determinada en términos de “seguimiento”. El discipulado se define como el ejercicio del seguimiento de Jesús.

La llamada de los discípulos ocurrió al comienzo del ministerio de Jesús. También a lo largo de su ministerio, Jesús siguió haciéndolo, como por ejemplo: el joven rico, Bartimeo y los tres que aparecen en el camino.

*Dónde.* Los llamados tienen lugar en Galilea, según Marcos, y en Judea (dentro del grupo del Bautista), según Juan.

*A quiénes.* Jesús llamó individualmente y por parejas (Pedro- Andrés, Santiago-Juan). El círculo de los discípulos no incluía solamente a los Doce sino también a otros. Por esta razón cuando va a ser elegido el sustituto de Judas, se pueden seleccionar dos en medio de un grupo de seguidores (Hch 1,21-22). También hay mujeres (Mc 15,40-41; Lc 8,1-3).

*Iniciativa.* La iniciativa es de Jesús: “Vengan detrás de mí”, “Sígueme”. En el evangelio de Juan estos discípulos llegaron a través del testimonio de otros y por iniciativa propia. Solamente en la vocación de Felipe se escucha el “sígueme”. Lo mismo sucede en Lc 9,56. Quizás hay un influjo del modelo rabínico y también los intereses teológicos de Juan.

*Para qué.* Es doble, según Mc, ir detrás de Jesús (seguirlo) y llegar a ser pescadores de hombres, es decir, colaborar con su misión. Esta segunda finalidad la confirman los relatos de envío misionero, donde ellos asumen el encargo de realizar una misión como la de Jesús (Mc 6,7- 13; Lc 10,1-12). Marcos lo resume magistralmente: “Para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14).

*Exigencias.* Supone el hecho del abandono de trabajo, padre, propiedades y renuncia a las obligaciones familiares más sagradas. Es una consecuencia y al mismo tiempo una exigencia del seguimiento de Jesús (Mc 10,28 par; Lc 12,51-53 par; Lc 14,26 par).

*Respuesta.* Los evangelios de Mc y de Juan nos hablan de la respuesta de los discípulos. En Jn hay una confesión de fe que está al final de un proceso. La respuesta inmediata de los discípulos es el testimonio de una experiencia más larga de encuentro y descubrimiento, hasta llegar a la plena adhesión a Jesús y a la total disponibilidad para seguirle y colaborar con él en su proyecto.

#### **4. EL ENVÍO DEL DISCÍPULO A LA MISIÓN**

El término bíblico es “envío”: Jesús “enviado” por el Padre y los discípulos “enviados” por Jesús. Jesús no sólo llamó a sus discípulos para que estuvieran con él sino para “enviarlos a predicar con poder para expulsar demonios” (Mc 3,15).

Hay un proverbio rabínico que dice: “El enviado es como el que le envía”. Jesús formó a sus discípulos no sólo para realizar los signos que confirmaban lo que anunciaban, sino también para que vivieran de acuerdo con el mensaje que proclamaban. Los discípulos van siendo insertados progresivamente en la misión de Jesús en la medida en que se identifican con Él. Esto se nota en la primera parte que culmina con la confesión de fe de Pedro (Mc 8,27-29).

La vocación está en función de la misión. Son llamados y se dice para qué se les llama: “pescadores de hombres” (Mc 1,16-20). Son elegidos los Doce y se dice para qué (Mc 3,13-20). De nuevo son llamados y comparten la misión de Jesús propiamente dicha (Mc 6,7-13.30-31). Pero para llevar a cabo su misión, los discípulos deben haber acompañado antes a Jesús, asumiendo su estilo de vida y viendo los signos que realizaba.

Jesús llamó a los Doce para enviarlos de dos en dos con poder para realizar curaciones y exorcismos; y les da una serie de instrucciones sobre la forma de realizar esta misión. El centro de la misión no es el anuncio de la paz y la conversión, sino los signos que llevan el sello de Jesús y el comportamiento de los misioneros. En la subida a Jerusalén se aprende que la misión no es patrimonio exclusivo de los Doce (Mc 9,38-41). Se trata de una persona que no pertenece al grupo de los Doce pero realiza los signos de la misión: expulsión de demonios en el nombre de Jesús. Jesús se resiste a prohibirle esta acción.

En Mateo notamos la progresividad de la misión con una apertura universal. En efecto, la misión está estrechamente conectada con la constitución de los Doce y se dirige en primer lugar a Israel. La misión a Israel se realiza en un contexto difícil: resistencias, persecución, denuncias, miedo y duras rupturas familiares (ver sobre todo Mt 10,24-42). En la misión,

junto con el envío, reaparece la necesidad de un estilo de vida y la atención a las exigencias del discipulado (10,17-22.26-33.34-39). Se pasa de las “ovejas perdidas de la casa de Israel” (10,6) a “todos los pueblos” (28,19).

En Lucas hay una nueva perspectiva de la misión. Se presentan dos envíos misioneros durante el ministerio de Jesús: los Doce y los setenta y dos (Lc 9,1-6 y Lc 10,1-24). Los Doce no son los únicos responsables de la misión. El primer envío está en el ministerio en Galilea y el segundo durante el viaje a Jerusalén (Lc 9,51-19,48). El segundo forma parte de las instrucciones sobre el seguimiento y la misión, están al comienzo de viaje y son clave para leer el resto. Este viaje es como una parábola de la vida cristiana.

Jesús le encomendó a sus discípulos durante su ministerio público la tarea de difundir con signos y palabras el mensaje que él anunciaba. La naturaleza de esta misión explica las exigencias tan radicales de la llamada y el seguimiento. Para poder llevar a cabo la misión, los discípulos deben renunciar a ciertas ataduras y obligaciones para poder dedicarse completamente, así como Jesús, a ésta.

Lo que Jesús entendió:

- Cómo llamó Jesús a sus enviados: los términos no son tomados de oficios religiosos o civiles de la época, sino de oficios comunes. Son llamados “pescadores”, “jornaleros” y “pastores”. Estas imágenes representan a personas al servicio de otro.
- Con qué imágenes describió la tarea: la “siega” (Mt 9,37; Lc 10,2), la “pesca” (Mc 1,17) y el “pastoreo” (Jn 21,15-19). La misión es urgente y tiene como horizonte la intervención de Dios en la historia. Estas imágenes son coherentes con el anuncio central de Jesús: “El Reino de Dios está cerca” (Mc 1,15).
- Con qué imágenes describió los destinatarios: a Israel, a quien se le anuncia que las promesas de Dios se han comenzado a cumplir. Dentro de Israel, los destinatarios preferidos de dicha misión fueron los sectores más marginados de la sociedad, como indica el encargo de realizar exorcismos y curaciones, cuyos destinatarios eran, obviamente, los más necesitados. Esta manera de entender la misión suponía, en realidad, una ruptura de las fronteras sociales más arraigadas. Jesús incluye en la comunidad a todas las personas. A todos los pueblos de la tierra.

El elemento que da unidad a todos estos rasgos de la misión es la llegada del Reino de Dios.

Curiosamente la acción prevalece sobre la palabra en el envío de los discípulos. Jesús les encarga a los discípulos el anuncio de la llegada del Reino (Mt 10,7; Lc 10,9; cf. Mc 6,12), donde la predicación de la conversión está relacionada con la llegada del Reino como aparece en Mc 1,15.

El principal encargo fue, entonces, anunciar un mensaje a través de acciones concretas. El contenido básico de la misión es la curación y el exorcismo (Mc 6,7b.13). Cuando regresan de la misión, según Lc 10,17, lo único que los discípulos le dicen a Jesús es que los demonios se les han sometido, a lo cual Jesús responde con Lc 10,18. Lo más importante

es el sometimiento del mal y la restauración de la persona. Es así como el Reino de Dios ha comenzado a llegar, el signo más elocuente de la presencia y la obra de Dios.

Jesús también los instruye sobre cómo actuar en el camino y cómo comportarse ante la acogida y el rechazo. En las instrucciones para el camino (Mc 6,8-9; Lc 10,4), se les pide a los misioneros que renuncien a los preparativos para el viaje. La misión es urgente. No hay tiempo para largos preparativos, ni prolongados saludos orientales. Pero también reflejan un estilo de vida que es característico de los discípulos de Jesús: no andar preocupados por las necesidades, pues el Padre se ocupa de ellos.

Las instrucciones sobre cómo reaccionar ante la acogida y el rechazo son las más extensas (Mc 6,10-11; Lc 10,5-12). Si los misioneros son bien acogidos deben quedarse en la misma casa hasta que se vayan; si son rechazados deben sacudirse el polvo de los pies. Los escenarios de esta misión son la casa y la ciudad, las dos instituciones básicas del mundo antiguo. En las casas en que son acogidos deben practicar la comensalidad abierta, al estilo de Jesús. En las ciudades, la comensalidad abierta debe ir acompañada por curaciones y un anuncio que explicita el sentido de lo que está ocurriendo: está llegando el Reino de Dios.

Hay otras enseñanzas sobre el alcance de la acogida de los enviados (Mt 10,40; Lc 10,16; Jn 13,20). En todas ellas acoger a los misioneros es lo mismo que acoger a Jesús. La Iglesia vuelve sobre estas instrucciones para seguir siendo fiel al mandato de su Señor.

En Juan, Jesús es el enviado del Padre (ver Jn 3,16-19). Para Juan el discipulado no tiene como objetivo prioritario la misión sino un proceso de iniciación que culmina con la efusión del Espíritu Santo. Por eso no hay misión antes de la Pascua. El envío es continuación de la misión de Jesús (Jn 20,21). Ver Jn 17,18 (v. 9). Para Juan la misión forma parte de la experiencia del encuentro con el Resucitado en el que tiene lugar la efusión del Espíritu. Uno de los rasgos característicos de la identidad del discípulo está en el envío misionero. Su misión continúa la de Jesús, enviado por el Padre, con la asistencia del Espíritu (Jn 16,8-11).

---

[1] Cf. DA 30 y 103.

[2] Cf. También la vigorosa confesión de fe en DA 101-103.